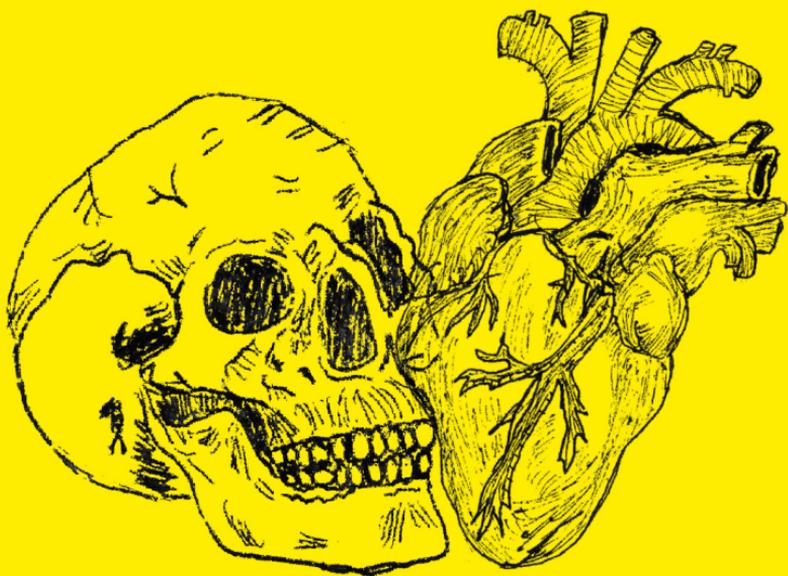


Los susurros
de los
MUERTOS



Oswaldo Santos Mateos

PROYECTO

Almendra

Proyecto Almendra

Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto

Edición

Miguel Ángel Galván Panzi

Consejo editorial *In memoriam* Édgar Mena †, Miguel Ángel Galván Panzi,
Nancy Mora Canchola y Luis Sarabia Jasso

Formación *Miguel Ángel Muñoz Ramírez*

Diseño de portada *Reyna I. Valencia López*

Proyecto INFOCAB PB401423

*Proyectos Editoriales, Departamento de impresiones del CCH Naucalpan,
Calzada de los Remedios 10, Colonia Los Remedios, Naucalpan, México,
CP 53400.*

Nombre del libro

Primera edición, marzo 2024

© Oswaldo Santos Mateos

© 2024, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, CP 04510, Ciudad de México

ISBN de la Colección Almendra

(en proceso)

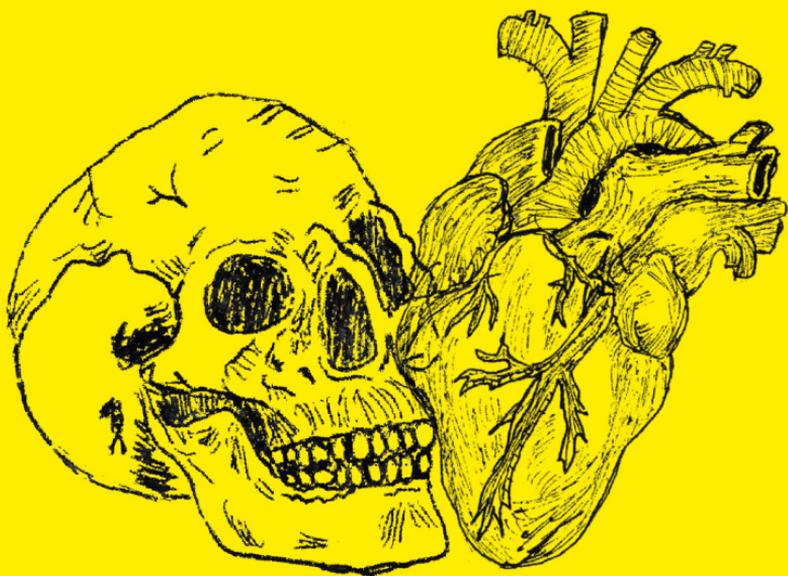
ISBN de la obra

(en proceso)

*“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales”.*

Impreso y hecho en México.

Los susurros
de los
MUERTOS



Oswaldo Santos Mateos

PROYECTO

Almendra

No sé cuánto tiempo me quedé, ni siquiera creo poder concluir con la escritura de este mensaje. Ellos están afuera, escucho sus voces, sus pasos, me quieren callar, o será tan solo mi cabeza. Eso ya no importa, tengo que ser rápido, vienen por mí. Antes que nada, quiero pedirle de antemano al que posea este escrito que, una vez haya terminado con su lectura, entregue este mensaje a mi hija Nadia, ella debe saber la verdad; también a su madre Julia, que se alejó de mí por creer en aquella mentira colectiva y al periodista Rubén Martínez, el cual mostró gran interés en revelar la verdad.

Bien, por dónde empiezo, creo que esta tribulación inició cuando era un niño, concretamente, el día que murió mi madre. Aquella noche cálida de abril me había despertado por una pesadilla que pronto se volvería realidad. Me levanté y fui corriendo a la habitación de mis padres, pero ellos ya no se encontraban ahí; bajé las escaleras buscándolos, los llamé:

¡Mami! —nadie respondió— ¡papá! —nada tampoco, tan solo un silencio ominoso, idóneo, para la situación.

Todo se encontraba a oscuras, seguí bajando y cuando mi pie descalzo tocó el último de los fríos escalones, lo vi, era un espectáculo horrendo. Mi madre yacía en el suelo frente a

la puerta principal y mi padre se encontraba de pie a su lado erguido. Yo me encontraba paralizado, no entendía que estaba pasando y como si eso no fuera lo suficiente espantoso, escuché una voz gruesa que me gritaba desde la sala:

— ¡Paco! ¿Qué haces despierto? Vete en este preciso instante a tu habitación, no deberías de estar aquí —era la voz de mi padre.

No alcanzaba a comprender lo que estaba sucediendo, — ¿Cómo era eso posible? —me pregunté. Volví a mi cuarto corriendo, me metí debajo de las cobijas, temblando, más asustado de lo que había salido de aquella habitación. Pues, si acaso era una continuación de mi sueño, aquello que acababa de vivir, sería sin duda el hecho más abstracto y horrible que haya tenido.

Después de varios minutos, reuní el coraje suficiente para enfrentar aquella situación. No podía dejar a mi madre tirada, dormida o eso era lo que creía. En el momento en el que toqué el suelo, una sirena se escuchó a lo lejos. Comencé a bajar, me escabullí entre las sombras para que mi padre no me viera. Cuando llegué a la planta principal se encontraba la misma atmósfera que cuando bajé por primera vez, sólo había un ligero cambio, la luz se encontraba encendida, lo cual me permitió observar mejor aquella escena.

Mi madre no presentaba cambios, pero me di cuenta de que no era mi padre aquél sujeto que se encontraba a su lado, se parecía a él, pero no era. Aquel ser que se presentó en mi casa esa noche tenía un rostro triste, cansado, como si se dedicara a un trabajo que durante años lo consumiera. Se parecía a mi padre, pero lo que los diferenciaba era que “eso” no poseía un cuerpo sólido. Su figura era traslúcida, sus prendas estaban demasiado gastadas y su mirada era lo más

inquietante. A pesar de que me encontraba muy escondido, “eso” notó mi presencia y concentró su mirada en mí, me encontraba paralizado, viéndolo a los ojos.

Así nos quedamos por varios segundos u horas, la verdad no sé. Esa noche parecía que el tiempo no avanzaba. De pronto, mi madre se levantó del suelo, “eso” la ayudó y dejó de mirarme, se tomaron de la mano y se fueron. Mientras tanto, el cuerpo de mi madre seguía en el piso, quería acercarme, pero mi padre, el verdadero, salió no sé de dónde para recibir a la ambulancia que venía a socorrer a mi madre. Salieron dos paramédicos que, tras revisarla, le comentaron algo a mi padre que no logré escuchar. Debió de ser algo que lo enfureció, porque comenzó a golpear a los paramédicos:

— Si hubieran llegado cinco minutos antes esto no hubiera pasado —les gritaba mi padre— su negligencia provocó esto, es su culpa que ahora mi esposa esté muerta.

Esa última palabra que mi padre escupió me destrozó por completo, aunque también me dio un poco de claridad. Con todas mis emociones revueltas corrí de nuevo a mi cuarto y desde la ventana logré ver cómo los vecinos agarraban a mi padre y lo subían en una patrulla. Esa noche no logré a entender lo que pasó. Años después, comprendí que mi padre tenía razón cuando le gritó a los paramédicos. “Eso” que se apareció en mi casa aquella noche era la muerte, según lo que me mencionó una niña, pero después lo explicaré.

Dos días después se organizó el entierro. Mientras caminaba entre las tumbas podía escuchar un leve zumbido, el cual parecía más bien un susurro. Me quedé de pie al lado de mi abuela. Mientras enterraban a mi madre observé a mi alrededor buscando un baño. En cuanto lo encontré, eso creí, me escapé de ese deprimente escenario. En el momento en

el que entré en aquella habitación me percaté de que no era un baño. El habitáculo estaba obscuro, demasiado pequeño, una de las paredes era de cristal teñido y emanaba un aroma pútrido. Además, se encontraba una chica sentada, algunos años mayor que yo, jugando con unas muñecas de trapo.

Disculpa, pensé que era un baño —me excusé por haber entrado en aquel espacio.

La chica volteó su rostro y después se levantó y se dirigió hacia mí, empezó a decir algo que la emocionó pero que por alguna razón no logré escuchar. Aquel zumbido se escuchaba más claro, podía distinguir algunas palabras. La niña al notar mi expresión de confusión me tomó del brazo y acercó mi oído a sus labios.

—¿Me ayudarías a irme? — preguntó la chica, distinguí estas palabras como un leve susurro.

Claro, ¿no puedes hacerlo sola? — pregunté con temor.

No, necesito la ayuda de alguien, pero nadie ha podido verme ni oírme, pero tú debes de ser de los chicos especiales, como dijo aquel payaso.

¿Cómo que nadie puede verte ni oírte y de qué payaso hablas? —pregunté desorientado.

¡Oh! Disculpa, pensé que ya sabías —me respondió— te explico, ¿alguna vez has visto cosas o personas que los demás no? o ¿escuchas sonidos que no sabes de dónde provienen?

Sí —respondí recordando aquella noche y el zumbido.

Pues, eso es porque eres especial.

Perfecto —mencioné irónicamente— así le dice mi padre a los loquitos del centro.

—No, no me comprendes, escucha y mantén la mente abierta con lo que te voy a contar, ¿de acuerdo? —Asentí con la cabeza.

Verás, una persona ordinaria no nota nuestros lamentos ni puede vernos, tan solo percibe que nos encontramos, pero hasta ahí llegan sus capacidades. Tú no eres como los demás, puedes notarnos, vernos y, aunque con un poco de esfuerzo, escucharnos. Es por eso que puedes mirarnos, no porque estés loco, sino porque posees la habilidad del *spectrum sensus*, en pocas palabras escuchas a los muertos.

En ese momento no acepté su explicación, no porque no le creyera, sino porque no quería hacerlo. Aún escéptico pregunté:

¿Es cierto todo lo que dices?

Tan cierto como que me llamo Paulette Gebara.

Bueno, ¿y de cuál payaso me hablabas?

¡Oh! Es cierto, ese payaso del que te hablé es la muerte. Pero, no creas que la muerte se disfraza de payaso y va a las fiestas infantiles. La apariencia de la muerte es creada por el espectador a diferencia de la creencia popular. Depende del sentimiento con el que relaciones la muerte es la forma que va a tomar; por ejemplo, tristeza o miedo. Yo tenía coulrofobia y le tenía miedo a la muerte, por eso veo un payaso cuando aparece.

En ese momento, cobró sentido el suceso de aquella noche. “Eso” se parecía a mi padre. Sentí vértigo, ya no podía negar que lo que me explicaba era verdad.

¿Te sientes bien? —me cuestionó Paulette— te ves muy pálido, no te preocupes, esa reacción es natural, pero no hay tiempo para esto, me tienes que ayudar a salir de aquí.

Y cómo supones que lo haga.

Es bastante sencillo, un espíritu no puede dejar el plano terrenal hasta que su alma sea libre. Eso solo se logra cuando la muerte de una persona fue pacífica o por intervención divina. Cuando la humanidad interviene y acaba con una vida

antes de tiempo, se ocasiona una ruptura en el ciclo natural de la vida, por lo que los espíritus que fueron despojados de sus cuerpos antes de tiempo vagan por el mundo con necesidades humanas. Es por ello que sigo creciendo y lastimándome, aunque no tenga forma física —comentó mientras me mostró una herida que tenía en su brazo— solo podemos ser liberados si nuestras almas son vengadas. Por eso, necesito tu ayuda, debes difundir la verdad sobre mi muerte, los oficiales se encargarán del resto.

Está bien, te ayudaré, pero ¿qué verdad tengo que difundir?

Mi muerte fue provocada por mi madre y la grabación entre mi madre y mi hermana debe ser suficiente para demostrarlo, solo di eso ¿puedo confiar en que lo harás?

Francisco —la interrumpí— me llamo Francisco y sí puedes confiar en mí.

Perfecto, ahora regresa con tus familiares, no es normal que un niño se pierda en un panteón.

Salí de aquel habitáculo, volví con mi familia al inquietante entierro. En el camino de vuelta a casa le mencioné a mi padre lo que me había comentado Paulette. Mi padre asombrado sobre mi conocimiento del caso me preguntó:

¡Ahora tú! ¿Por qué tanto interés?

Es que estuve investigando y creo que debe hacerse justicia por esa chica —le mentí.

Me agrada ese espíritu de justicia.

Gracias, papá. Pero ¿qué podemos hacer para que se haga justicia?

Tristemente nosotros no podemos hacer nada.

Pero debemos hacer algo sino nunca podrá descansar —le reclamé.

Lo siento, pero en ocasiones la vida es así, injusta y nosotros no podemos hacer nada para remediarlo, ¿quién lo puede remediar?, los ricos y poderosos —respondió.

No lo entendí en ese momento, pero aquel día mi padre me dio una de las lecciones más importantes de mi vida. Ese día me enseñó el poder de la corrupción. A pesar de que mi padre no me ayudó con mi misión no me di por vencido. Al día siguiente, en la escuela divulgué la información que me había proporcionado Paulette sobre su muerte. Incluso, se lo mencioné al guardia que se encontraba en la entrada y a mi profesora. Evidentemente, la noticia ocasionó interés o preocupación de los profesores. Por eso, el último viernes de abril llamaron a mi padre. Llegó y se sentó en la oficina del director, aunque no escuché la conversación hice una idea por lo que ocurrió después. Cuando llegué a mi casa ese mismo día, mi padre al momento de cerrar la puerta me gritó:

¡Qué demonios te sucede! ¿Por qué andas hablando sobre una niña muerta en tu escuela, Francisco?

Porque quiero que se haga justicia —respondí con temor.

¡Te dije el otro día que personas como nosotros no pueden hacer nada! Ahora por ese deseo estúpido de justicia todos en tu escuela piensan que tengo un hijo loco.

Pero, no me podía quedar sin hacer nada como un cobarde. Además, no me importa que crean que estoy loco.

¡Ah, ahora piensas que soy un cobarde!

Yo no dije eso, sólo decía que...

Mi padre me dio una bofetada a mitad de la oración con una fuerza que nunca antes había visto, caí al suelo.

No le vuelvas a faltar el respeto a tu padre, ¿entendido?

Sí —respondí entre sollozos.

Ahora, vete a tu cuarto.

Me levanté, tomé mi mochila y subí corriendo las escaleras hasta llegar a mi habitación. Me encerré y lloré hasta que mis ojos quedaron secos, ese día aprendí otra lección importante: la ley del más fuerte. Había pasado una hora desde aquel incidente, no había comido nada y no pensaba bajar mientras mi padre siguiera ahí. Repentinamente, escuché que alguien tocaba mi puerta, pero era un ruido que solo pude escuchar por el silencio sepulcral que gobernaba en la atmósfera. No pensaba abrir en un inicio, porque creía que era mi padre queriendo disculparse, pero supuse que se enojaría. Una vez que abrí la puerta pude ver ante mí aquella chica que me encontré en el panteón. Paulette entró en mi habitación, se tumbó en la cama y al ver mis ojos tristes, me invitó a sentarme a su lado.

¿Qué te pasa, Paco? —me preguntó con su voz que parecía un leve susurro.

Traté de ayudarte, en serio, pero parece que si un niño de 6 años pide justicia lo miran como un loco —le respondí mientras, no sé cómo ni de dónde, me salían más lágrimas.

No te preocupes, sé que hiciste lo que pudiste por ayudarme y te agradezco.

Fue un placer tratar de ayudarte. Disculpa, ¿te puedo hacer una pregunta?

Sí, dime.

Si eres un fantasma o algo por el estilo, ¿por qué tocaste la puerta y no la atravesaste?

Porque, como te expliqué, nosotros rompimos el ciclo natural de la vida, por lo que nos comportamos como vivos, pero nadie nos ve ni escucha. Irónicamente, tampoco podemos tomar algo que no nos haya pertenecido en vida, por lo que tampoco pude abrir la puerta, es una especie de castigo.

Pero, ¿por qué los castigan? No es su culpa que hayan roto el ciclo de la vida.

Por la misma razón que tu papá te golpeó por divulgar la verdad.

¿Lo viste?

Sí, no te asustes, te he estado siguiendo desde aquel día en el panteón. La verdad me sentí muy sola durante años hasta que me encontraste.

A mí también me alegra haberte encontrado, pensé que estaría muy solo tras la muerte de mi mamá, pero ahora te tengo a ti.

En ese momento, mi padre tocó la puerta.

Paco, ¿con quién estás hablando? — escuché del otro lado de la puerta.

Con nadie papá ¿por? —contesté y en ese momento mi padre entró en mi habitación.

Lamento lo de hace rato, espero que lo entiendas, con el trabajo y ya sabes lo de la otra noche con tu madre, me he sentido un poco estresado. Espero me perdones, Paco.

Sí, te perdono, papá —le dije y en ese momento me abrazó y me besó en la mollera.

Durante los meses y años siguientes, las burlas por mi incidente no cesaron. Hasta que un día, durante un paseo escolar en el que me encontraba sentado solo en el autobús Paulette se sentó a mi lado, aunque ante los ojos de los demás me encontraba solo. Claro, quien se sentaría con el loquito del caso Paulette. Era un día lluvioso y me encontraba viendo a la ventana, hasta que sentí que Paulette tocó mi hombro y me dijo:

— ¿Te encuentras bien? —me preguntó.

Es necesario aclarar que, en este punto, las palabras de Paulette ya no sonaban como susurros, pues como me explicó,

con el paso de los años mis habilidades como spectrum sensus se irían desarrollando. Por eso, podía escucharla perfectamente. Además, ahora podía tocarla y convertir artículos de su forma física a su forma espectral, con el objetivo de tratar las heridas de Paulette cuando se lastimaba, lo cual pasaba a menudo. También en varias platicas descubrí datos sobre ella, como el lugar donde nació, la ubicación de la casa en la que creció y su fecha de nacimiento, 20 de julio del 2005. Era cinco años mayor, aun así, la amaba. Ella nunca lo supo, fue la primera mujer de la que me enamoré. Pero, me estoy saliendo del tema, volveré al día del paseo escolar.

Te ves muy triste —continuó Paulette.

Estoy bien, sólo me siento un poco cansado, eso es todo —le respondí mientras seguía mirando por la ventana, no quería que mis compañeros me vieran hablando con un asiento vacío. Desafortunadamente, el chico de atrás me escuchó y se metió a la conversación.

¿Con quién hablas loquito? —comentó mientras me empujaba del hombro.

Con nadie, déjame tranquilo —le respondí.

Seguro no estarás hablando con tus amigos los fantasmas —mencionó en un tono burlón.

Es necesario aclarar que ese chico, Diego, era el que más me molestaba y en varias ocasiones me escuchó hablando con los espíritus, ya que Paulette no era la única con la que hablaba. También platicaba con “El botas locas”, un vagabundo que paseaba por mi cuadra completamente desnudo, sin nada que cubriera su cuerpo más que un par de botas, murió por andar borracho y bailar muy cerca de un barranco en el que cayó. Debido a que nadie se dignó a buscar el cuerpo ahora vagaba por el mundo terrenal. También conocí a Germán, un niño

que murió en un incendio, ya que los responsables salieron impunes su alma seguía esperando justicia para ser libre.

Te dije que me dejes en paz —le respondí.

¡Venga! Sólo estoy jugando —comentó mientras seguía empujándome.

¡Ya basta! —le grité y lo empujé. En ese instante, se cayó. Su piel palideció, parecía ahogarse, sus ojos se pusieron blancos y, aunque los demás no lo vieron, pude observar su espíritu saliendo y entrando en su cuerpo.

El resto del viaje nadie me molestó, pero podía escuchar a mis compañeros susurrando rumores sobre lo que acababa de suceder. Bajé del autobús y observé la majestuosidad del monte Tláloc. Al instante, un joven de chaleco naranja se nos acercó y nos dijo:

Buenos días, disculpen, no pueden estar aquí, hace una hora ocurrió un deslizamiento de tierra y es peligroso quedarse aquí.

¡Oh, es una lástima! —exclamó nuestra profesora— bueno, chicos, no podremos explorar la zona, su seguridad es primero, así que vamos de vuelta al autobús.

Todos nos formamos en fila para ingresar de nuevo al autobús. Yo era el último, por lo que pude escuchar la conversación que el joven del chaleco tenía por medio de un radio.

¡Qué!, ¿Cómo que aún falta alguien? No puede ser, eran solo cinco desaparecidos y encontramos a todos. ¡No nos puede faltar nadie! —exclamó el joven.

Mientras esto ocurría, observé que una forma espectral salía por uno de los costados de la montaña, me vio y al notar que lo podía ver se acercó y yo lo ignoré.

Oye, niño, necesito tu ayuda —me pidió a pesar de que traté de ignorarlo, siguió hablando— Verás, hace hora

y media aproximadamente, una avalancha de tierra cayó desde lo alto de aquel monte. Tomé a mi hijo y corrí para salvarlo, por desgracia la avalancha fue más rápida. Aún así, logré meterme con mi niño en un agujero, pero aquel refugio era muy inestable y antes de que colapsara, lancé a mi hijo fuera de aquel boquete para salvarlo. Sin embargo, yo no pude escapar. Necesito tu ayuda para que los rescatistas encuentren mi cuerpo.

Cuando terminó de decir esa última frase, estaba a punto de subir al autobús. Corrí en dirección al joven del chaleco, pues sabía que si un cuerpo era olvidado, su espíritu no podría descansar como el caso de “El botas locas”.

Disculpe, yo lo puedo ayudar a encontrar al último desaparecido —le comenté al joven.

¡Niño, no puedes estar aquí! Ahora vuelve con tu grupo.

¡Francisco, regresa en este preciso momento! —me gritó desde lejos la profesora.

El sujeto se llama Felipe, se encuentra en un orificio a 30 metros hacia el oeste desde aquel árbol —dije, repitiendo todo lo que me estaba mencionando Felipe— está atrapado en un boquete que se hizo en la tierra, llevaba una cadena reluciente, esto les podrá ayudar en la búsqueda —asentí.

El joven quedó impresionado por mis palabras y, aunque algo escéptico, ejecutó la orden para que los rescatistas buscaran el cuerpo de Felipe. Después de 15 minutos encontraron el cuerpo en el lugar exacto donde dije que estaría. Todos quedaron impresionados por mi habilidad. Mientras mis compañeros me festejaban, Felipe besaba a su hijo en la frente y se iba de la mano con “eso”: la muerte. Desde ese día, por mi logro y lo ocurrido en el autobús, nadie volvió a molestarme, al menos hasta secundaria.

Era el primer día en mi nueva escuela, fui solo, pues, desde que murió mi madre, mi padre había vuelto a su terrible habito de tomar. Este hecho era bastante malo para una persona que trabajaba en una empresa cervecera. Me explicó aquella mañana que no podía llevarme. Además, me golpeó ese día de abril.

Cuando llegué, Diego, que por alguna terrible coincidencia se quedó en la misma secundaria que yo, se encontraba peleando con otro chico, ¿la razón?, el otro chico lo había insultado por ser hijo de una prostituta, le dijo:

— Cállate pastel de tres leches.

No explicaré el significado de aquel apodo. Me metí para tratar de separarlos, pues nunca me gustaron las peleas y, de la misma manera que en el autobús, empujé a los dos chicos, su espíritu salió y entró de sus cuerpos. El otro chico se fue corriendo, pero Diego me empujó y me tiró contra el piso.

—¿Qué te pasa? —me gritó — ya lo tenía y por tu culpa se me escapó. Ese maldito me insultó a mí y a mi mamá, ¿no te gustaba mucho la justicia y la chingada? Pero, a ti que te va a importar, si tú no tienes madre y tu papá es un alcohólico.

¡Cállate! —le grité y lo golpeé en el rostro.

Muy valiente, Paco. Ahora verás, he esperado mucho por esto — me dijo mientras me llevaba a un callejón oscuro lejos de la seguridad de la escuela.

Cuando llegamos, se quitó la mochila y se preparó para golpearme. Pero, en el instante en que iba a soltar el primer golpe algo lo detuvo. El cañón de una pistola en su espalda lo paralizó.

Calmados, calmados, esto lo podemos hacer por las buenas o por las malas, saquen todo lo que traigan, pero a la de ya —nos ordenó el sujeto de la pistola.

En ese momento, me quitó la mochila y la vació en busca de objetos de valor. Mientras realizaba esta acción, Diego, que tenía la adrenalina al máximo, tomó la inútil decisión de enfrentarse con el asaltante. Aprovechó que estaba de espaldas para tratar de quitarle la pistola, pero falló.

¡Ora! A poco sí muy gallo —se dirigió a Diego— pues te voy a enseñar que hacemos con los weyes que se creen valientes como tú.

En ese momento, asesinó a Diego frente a mis ojos. Debido a las ironías de la vida tras este suceso dos oficiales bajaron de una patrulla y siguieron al asaltante. Trágicamente no lo atraparon, cómo lo harían si ambos estaban bien marranos como la mayoría de los oficiales. A pesar de ello, uno se quedó con el cuerpo de Diego y el otro oficial me escoltó a la escuela, pero antes me tomó testimonio. Unos días después el rumor se corrió por la escuela. Había quienes decían que yo maté a Diego, pues conocían la historia del autobús. Ya no era el loquito del caso Paulette, la cual se encontraba en mi casa recuperándose de una lesión, ahora era el matón de la clase.

Nadie me habló durante la secundaria y el bachillerato, nadie a excepción de una chica que se creía médium. Esta chica era molestada constantemente, pues todos decían que estaba loca, tenían algo de razón. A pesar de mi fama por haber “matado” a Diego, decidió hablarme.

Hola, ¿qué haces? —me preguntó.

Cerré mi cuaderno, en el que estaba escribiendo frases que formaban parte de una conversación que tenía con Paulette.

Nada, ¿por qué preguntas? —le respondí bastante nervioso.

Pues, he notado que siempre estás solo.

¿Dime, quién hablaría con un asesino?

A mí no me importan esos rumores que dicen sobre ti.

Me alegra.

Y a ti ¿te importan que sea la loca de los fantasmas?

En lo absoluto, disculpa ¿cuál es tu nombre?

Me llamo Julia.

Que lindo nombre, yo soy Francisco, pero dime Paco.

A partir de ese día, Julia y yo nos volvimos inseparables. Después de un año, le conté todo lo que has leído hasta ahora. Tras dos años de ser amigos, le pedí que fuera mi novia a lo cual accedió.

Un día mientras paseaba junto a Julia y Paulette, las cuales se llevaban bastante bien como para no poder hablarse directamente, vi a Diego muy cerca de donde murió. Lo reconocí, era su espíritu. Él notó que lo observaba y se acercó.

¿Puedes verme? —preguntó, yo asentí con la cabeza— ¡oh, qué gran felicidad! Qué bueno que los rumores de que hablabas con fantasmas eran verdaderos, por cierto, una disculpa por todo lo que te hice —me abrazó y continuó hablando— desde aquel día del asalto, he vagado como un espíritu errante, necesito que me ayudes a vengarme.

¿Y cómo supones que lo haga? —le pregunté — ¿acaso recuerdas la última vez que traté de vengar a un muerto? —le dije mientras señalaba a Paulette.

Pero esta vez será diferente —comentó mientras hacía una seña para que lo siguiera. Caminamos un rato entre calles hasta que paramos en un lugar— mira, aquí dentro es donde se esconde el tipo.

Diego, este es el drenaje —reclamé.

Lo sé. Este es el único lugar donde la policía no lo puede encontrar, por eso en las calles lo conocen como “La rata”.

¿Y qué esperas que haga? Que me meta a pelear con un asaltante en el drenaje.

— No, para nada, ya lo tengo todo planeado. Escucha, ese sujeto sale de su cueva a las 5 am y a las 6 pm, vuelve tres horas después. Es muy puntual para ser un asaltante. Lo único que necesito es que traigas a un policía a esa hora, ellos se encargaran de lo demás. Mira, sé que después de lo que te hice no querrás ayudarme, pero no lo hagas por mí —hizo una pequeña pausa y continuó— ese sujeto no sólo acabó con mi vida, sino con la de muchos otros, varios menores que tú y yo. Nuestras almas vagan hasta que pagué por lo que nos hizo.

Bien, te ayudaré.

Dos horas después logré convencer a un policía de acompañarnos a Julia y a mí hasta el punto donde nos llevó Diego. Con la precisión de un reloj a las 6 el sujeto salió de su escondite, el policía se lo llevó y lo encerraron. Diego llegó una hora después para despedirse, agradecerme y marcharse. Tomó de la mano a la muerte, la cual se veía como mi madre, feliz y radiante, pues desde hace mucho tiempo había dejado de temerle. Desde ese día decidí usar mis habilidades para implantar justicia en el mundo terrenal y espiritual, lo cual fue el gran error que me trajo hasta aquí.

Al inicio, no había gran problema. Ayudé en casos pequeños y a informar el paradero de cuerpos desaparecidos a las autoridades; por ejemplo, el caso de “El botas locas”. Me agradeció diciéndome donde escondió sus botas, las tomé y en su honor cada día de lluvia salía a dejar flores en el barranco donde cayó. Además, bailaba con sus botas junto a Julia, a la cual no le importaba que nos vieran como un par de loquitos. Siempre me dijo que prefería ser única y actuar como loca a ser normal como un borrego.

La relación con mi padre durante ese tiempo fue en decadencia, pues desaprobaba por completo mi actitud y decía

que todos lo iban a criticar por tener un hijo loco. A mí no me importaba debido a la compañía de Julia, pero él lo tomaba demasiado en serio. Incluso, me encerraba en mi habitación cuando llegaba de la escuela. Permanecía en ese estado toda la tarde hasta la cena, después se volvía a dormir. En esos momentos aprovechaba para escaparme, ¿por dónde? eso es lo cómico, salía por la puerta. Debido a que casi siempre se encontraba ebrio nunca cerró la puerta con llave.

Académicamente me iba muy bien, gran parte gracias a Julia, ya que era de las mejores alumnas y me ayudaba a estudiar. A ella la amaba más de lo que amé a Paulette. Sin duda fue una de las mejores épocas de mi vida y, cegado por lo brillante de esa etapa, no vi la tormenta que se avecinaba. Todo comenzó una mañana de sábado, me encontraba en casa de Julia. Paulette se había lesionado, por lo que no me acompañó.

Sabes, desde hace un tiempo he notado que Paulette se ve bastante mal —comenté.

¿A qué te refieres? —preguntó Julia.

Creo que desde que he ayudado a liberar a las personas, se siente decepcionada porque no pude ayudarla.

No te castigues tanto por eso, seguro que entiende que eras demasiado joven y no podías hacer algo realmente significativo.

Pero ya no soy un niño tengo 17 años, cuando la conocí tenía 6 años. Han pasado 11 años desde que me pidió ayuda y no he podido hacer nada. Creo que es momento de cumplir con mi promesa; además, German pronto tendrá 21 años y tampoco he podido ayudarlo.

¿Y qué piensas hacer?

Los ayudaré, haré justicia por ellos.

Así lo hice, esa tarde fui con Germán y le pregunté si había alguna forma de liberar su alma. Me respondió que no, ya que los responsables fueron juzgados, pero, debido a sus influencias sólo recibieron un ligero castigo. Tras recibir esa información decepcionante, acudí con Paulette para preguntarle si podía hacer algo por Germán. Me respondió lo mismo que él, los responsables fueron castigados por interferir con el ciclo natural, pero su castigo no fue proporcional a su acción, no había nada que hacer. Eso me frustró; sin embargo, no me iba a dar por vencido. Aún podía ayudar a la primera mujer de la que me enamoré. Tomé un micrófono pequeño y Germán y yo nos dirigimos a la nueva casa de la familia de Paulette. Él poseía la habilidad de mover cosas con poco esfuerzo, ya que había pasado gran parte de sus días tratando de comunicarse con los vivos.

Llegada la noche efectué mi plan. Antes de continuar, posiblemente usted lector cuestione mis métodos, pero espero que entienda que era joven y estúpido, le pido no interrogue mis medios sino mis fines. Una vez que las luces se apagaron,forcé la puerta de la casa con un truco que me enseñó mi padre para robar cerveza de su trabajo. Abrí con mucho cuidado la puerta y entró Germán. Una vez adentro, empezó a tirar cosas, incendió una cortina, provocó un desastre. Despertó a toda la familia. Así, inicié mi parte del plan, toqué la puerta, dejé en la entrada una tarjeta y me escondí en la copa de un árbol. Si tiene curiosidad la tarjeta decía: “Digan la verdad, sabemos lo que hicieron. Firma, Paulette Gebara”. Mi plan funcionó a la perfección, pues a la mañana siguiente en las noticias aparecieron la madre y hermana de Paulette confesando todo. Les dieron una pena de 40 años. Paulette se encontraba sentada y lesionada a mi lado. Se quedó paralizada

por la noticia, pude observar en su rostro una expresión que hace mucho no mostraba, sonreía.

¿Qué no piensas agradecerme? —le pregunté. Reaccionó con entusiasmo, parecía al día en el que nos conocimos.

¿Enserio fuiste tú?, pero ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿qué? —se encontraba en shock.

— Sí, anoche Germán y yo nos dirigimos a su casa, les dimos un pequeño susto para que hablaran.

Paulette se lanzó hacia mí y me colmó de besos mientras lloraba de alegría. Sus lesiones y cicatrices habían desaparecido, se encontraba tan hermosa como el día en que la vi por primera vez. Pero, la muerte llegó y arruinó el momento.

Bueno, supongo que he sido liberada. Pensé que cuando llegara este día me encontraría más feliz —mencionó mientras su rostro dibujaba la expresión de alguien que está a punto de estallar en llanto.

Supongo que este es el fin —comenté mientras nos lanzábamos a los brazos uno del otro.

No me quiero ir de tu lado —protestó entre sollozos.

Yo tampoco quiero que te vayas, pero no perteneces aquí. Te hice una promesa, ¿recuerdas?, prometí ayudarte a salir de aquí. Es momento de que salgas —le dije mientras trataba de controlar mis ganas de inundar la habitación con mis lágrimas.

Pudieron ser 20 segundos o 20 horas, pero me gusta pensar que estuvimos abrazados toda una vida. Al final, Paulette se fue con la muerte, la cual no se parecía más a mi madre, la muerte no significaba más tristeza para mí. La veía seguido cuando un alma era liberada, se veía como Julia.

Pasó un año desde que Paulette se liberó, pude superar su partida. Me encontraba en la sala del pequeño departamento que había rentado con Julia. Sin una Paulette esperando en la

casa de mi padre pude escapar de ahí. Me encontraba viendo las noticias, de pronto anunciaron que habían encontrado muerto en su departamento a un reportero crítico del gobierno. No me iba a quedar de brazos cruzados. Me dirigí al edificio en el que vivía aquel periodista con el objetivo de vengar su alma. Como dicen el que busca encuentra, el periodista se encontraba afuera de su edificio hablándole a todos los que pasaban:

— Por favor, ayúdeme, necesito que alguien... ¡Oiga! ¡Oiga, no se vaya! —les decía.

Me acerqué, le toqué el hombro y le señalé un callejón para que me siguiera. Hizo caso a mis instrucciones.

¡Ay! Qué bueno que se detuvo a escuchar mis súplicas. Mire, soy periodista y no sé por qué, pero todos me ignoran —protestó.

¿Cómo, no sabe por qué todos lo ignoran? —pregunté.

No, me siento muy ofendido por eso, culpo a las nuevas tecnologías. Me encuentro tan frustrado que mi próximo artículo se titulará: “Los teléfonos celulares nos conducen a un mundo más individualista”.

No, señor, escuche, no lo ignoran por eso. Tal vez esto le provoque mareo, pero se encuentra muerto. Ahora necesito que me diga todo lo que recuerde hasta este momento.

Pues, estoy en shock, era demasiado joven para morir.

Tenía 70 años.

La edad está en la mente.

No, la edad está en su vejiga, pero no se salga del tema, cuénteme ¿Recuerda el momento en el que ocurrió su muerte? Porque todo apunta a que fue un homicidio.

Pues, un ejecutivo llegó a mi apartamento con el objetivo de que habláramos sobre la crítica que había hecho sobre su empresa, supuestamente ecologista. Aunque, en realidad eran

los mayores productores de plásticos no reciclables. El hombre quería que hiciera una crítica positiva a su empresa, pero me negué. En ese momento, cerró la puerta con seguro, sacó una navaja y me apuñaló. Creí que había logrado sobrevivir, me hice el muertito, vi que usó uno de mis cuchillos de cocina para empaparlo con mi sangre y cubrir el hecho como suicidio. Después, salí y busqué a alguien para informarle sobre lo ocurrido, pero nadie me respondió.

Aun así, creyó que seguía vivo —comenté con un tono irónico.

Pues, como usted mencionó, la edad está en la vejiga. Esa fue la primera vez en años que no sentí la necesidad de ir corriendo al baño.

Bueno, ¿tiene alguna prueba para demostrar que fue homicidio?

Sí, el cuchillo que usé lo acababa de comprar, cuando lo tomé tenía guantes, porque lo lavé. Además, las cámaras del pasillo del edificio lo vieron salir de mi apartamento.

Con esta información, me fue suficiente para demostrar que fue un homicidio lo que ocurrió en ese departamento. Las televisoras locales y nacionales me llamaron “El pupilo de Sherlock”. Esa fue la primera vez que el gobierno me tuvo en el radar.

Los años siguientes me dediqué a mis estudios en la carrera de Derecho. Pues, como habrán podido notar, desde niño he buscado justicia. También ayudaba a la policía con sus casos, incluso sin que me lo pidieran. Esto me dio fama no solo en el mundo de los vivos, sino también entre los espíritus condenados que acudían a mí por ayuda. Cuando terminé mis estudios, decidí que era momento de formar una familia junto a Julia, tuvimos una niña a la que nombramos Nadia.

En el ámbito profesional me iba muy bien, porque no sólo ayudaba a los muertos que no pudieron ser vengados en vida, sino también a los vivos que acudían a mí por ser “El abogado pupilo de Sherlock”.

Mientras tanto, el gobierno no trató de callarme. Había periodistas como Rubén Martínez que les ocasionaban más problemas que yo. Forjé una linda amistad con Rubén, pues ambos éramos muy críticos del gobierno, él más que yo. A ambos nos unía una insaciable sed de justicia. Todo se encontraba en una tranquila calma hasta que sucedió aquella masacre.

Era una noche de abril, mi hija de 3 años parecía presentar mis habilidades, pero eso ya no importa. Ocurrió un suceso muy extraño. Nos encontrábamos en época de elecciones y el candidato con más votos era Luis Cárdenas, pero debido a una “caída del sistema” su primer lugar fue tomado por el candidato del TRI. Esto causó gran enojo entre los trabajadores y estudiantes, quienes salieron a protestar con carteles que dictaban “No volvamos al 88”. La protesta fue pacífica, por lo que se sorprendieron cuando varios cocteles molotov fueron activados entre los asistentes. Este hecho ocasionó cientos de muertes y heridos. La protesta se detuvo al instante. Pero, las televisoras mancharon la imagen de los protestantes como salvajes y estúpidos por haber acabado con ellos mismos. Sabía que eso no era cierto, pues la protesta pasaba enfrente de mi edificio. Cuando todo sucedió escuché los lamentos de los muertos que gritaban:

— Fue el gobierno, fueron enviados por el gobierno.

Les creí, aquella noche grabé un video, en el cual argumentaba, con ideas bastante lucidas, las razones por las que consideraba que había sido un atentado del gobierno. En ese momento, los de arriba sintieron miedo. Al día siguiente, la

televisora patrocinada por el gobierno “Teleavisa” mencionó que mi video era falso y que se trataba de un joven que buscaba atención. Además, contrataron a varios de mis compañeros de primaria para dar testimonio de que estaba loco desde los 6 años. Después, mis conocidos se alejaron, pues creían en todo lo que decía “Teleavisa”.

Todos me dejaron de hablar, incluida Julia, quien me dejó una tarjeta en la cocina que decía: “Cariño, te he apoyado toda mi vida, he tratado de entenderte y ayudarte, pero creo que es demasiado tarde para ti. Me alejo por seguridad, pues tu estado mental podría poner en riesgo a Nadia y a mí”. Soy sincero, no creo que ella piense eso, creo que la amenazaron. La Julia que conozco no suena así, ella no sería un borrego. Ahora escucho los pasos de los militares que vienen por mí o tal vez sea sólo mi cabeza. No, no estoy loco, ahora temo que me asesinen y acabe igual que todos los condenados a quienes no pude ayudar. No quiero que piensen que me suicidé por temor a los militares, sino porque así me lo recomiendan los susurros de los muertos que ahora me empiezan a gritar.

Por **Oswaldo Santos Mateos**, editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, se terminó de maquetar en marzo de 2024. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Miguel Ángel Galván y Nancy Mora. Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA, Proyecto INFOCAB PB 401423.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. Leonardo Lomeli Vanegas

Rector

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

Secretaria General

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

Secretario Administrativo

Dra. Tamara Martínez Ruiz

Secretaria de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

Secretario de Prevención, Atención

y Seguridad Universitaria

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú

Abogado General

Mtro. Néstor Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General

Mtra. Mayra Monsalvo Carmona

Secretaria General

PLANTEL NAUCALPAN

Mtro. Keshava R. Quintanar Cano

Director

Mtra. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo

Secretaria General

Mtra. Teresa Sánchez Serrano

Secretaria Administrativa

Ing. Damián Feltrín Rodríguez

Secretario Académico

Lic. Elizabeth Hernández López

Secretaria Docente

Biól. María del Rosario Rodríguez García

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Lic. Isaac Hernán Hernández Hernández

Secretario de Apoyo al Aprendizaje y Cómputo

Lic. Mireya Adriana Cruz Reséndiz

Secretaria de Atención a la Comunidad

Lic. Tania Montserrat Sánchez Pomposo

Secretario de Arte y Cultura

Lic. Ana Rocio Alvarado Torres

Secretaria de Administración Escolar

Ing. Carmen Tenorio Chávez

Secretaria Técnica del Siladin

Lic. Reyna I. Valencia López

Coord. de Gestión y Planeación

Mtra. María Guadalupe Peña Tapia

Jefa de la Oficina Jurídica

Mtro. Miguel Angel Muñoz Ramírez

Jefe del departamento de Impresiones

y Proyectos Editoriales



Con genialidad natural y una intuición ya muy madura, Oswaldo Santos Mateos nos presenta en *Los susurros de los muertos* la historia de Francisco, un *spectrum sensus*, quien descubre su habilidad de hablar con los muertos desde muy niño tras una experiencia traumática donde perdió a su madre. El protagonista aprenderá sobre sus nuevas habilidades de la mano del primer fantasma con el que se relaciona, Paulette Gebara, y se dará cuenta de que ayudar a estos seres en su búsqueda de justicia resulta imposible en un entorno corrupto como el de nuestro país. Su genialidad se encuentra en los detalles, abundantes como los exige el género de la fantasía, en su narración, que sin tornarse pesada se detiene a explicarnos los devenires de todos los personajes; su intuición es notable en su decisión de cómo iniciar una historia así de extensa, un comienzo *in extrema res*, por medio de una carta que Francisco escribe para quien la encuentre.

Oswaldo Santos Mateos nos sumerge en un mundo propio, uno que seguramente ingenió a lo largo de incontables horas de planeación, y que logró asentar en una narración emocionante e hipnótica. Sólo queda celebrar la aparición de autores tan prometedores como el del libro que sostienes, lector, y disfrutar de cuanto su mente y su pluma sigan produciendo.

Luis Sarabia Jasso

Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA,
Proyecto INFOCAB PB 401423.

ISBN En trámite